

La playa

Joselyn Silva Zamora*

La playa estaba casi llena. El guardia de la entrada les asignó una fila y una columna, tecleó la información en su computadora y les dio un ticket con las coordenadas asignadas. Un guardia distinto los llevó hasta ellas. Los padres y el hijo se instalaron en el cuadro que sería suyo las próximas cinco horas. Los camastros que les asignaron eran de color azul y tenían espacio extra en la parte de adelante, para que el niño jugara en la arena. En total, los tres podían disponer de unos veinte metros cuadrados de playa.

El padre además consiguió un permiso para que él y su hijo pudieran meterse al agua. Tramitó la solicitud un año antes y sólo a algunos les confesaba lo que tuvo que dar para obtenerlo. El niño sonreía al ver la banda amarilla que rodeaba su muñeca. Las personas menos afortunadas se conformaban solo con ver las olas a lo lejos, sentir la sal sobre sus mejillas y oír los ruidos de gaviotas que salían de los altavoces.

Mientras la madre tendía las toallas en los camastros, el niño se despojó de su camiseta y tomó de la mano a su padre, de manera insistente, quejosa y ansiosamente. Señalaba el mar como la mayor riqueza que jamás estuvo frente a sus ojos, y lo era. Las restricciones para acceder a las áreas de playa y río habían comenzado casi diez años antes; el padre era lo suficientemente viejo para recordar ir de vacaciones y poder meterse al mar cuando y como quisiera. Sin embargo, evitaba recordar la época de las prohibiciones y todas las alertas rojas que les hicieron.

Por fin cedió a la petición de su pequeño y, después de quitarse la camiseta, caminaron juntos por el pasillo de arena. Un guardia leyó el código en sus muñecas y los dejó pasar hacia el mar. Las olas. La sal. El niño riendo por el agua fría que acariciaba sus pies por primera vez. El padre sonriendo y poniéndose las gafas oscuras, peinándose el cabello hacia atrás con las manos.

* Egresada de Licenciatura en
Literatura Latinoamericana,
Universidad Iberoamericana.

En la arena clara se distinguían tres clases de cosas: las rocas pulidas, sobre las cuales podían pararse y que además formaban caminos exageradamente bien trazados; las estrellas marinas y los caracoles espinosos. El padre le enseñó a su hijo como moverse de una roca a otra, y a reconocer en dónde podía sentarse para disfrutar del agua acariciándole el pecho. No podían adentrarse para nadar en aguas profundas, pero eso no les molestaba.

Cada tanto tiempo algún guardia caminaba detrás de ellos y verificaba la banda amarilla. Les recordaba no tocar a las estrellas ni a los caracoles y también les advertía sobre las multas que acarrearía llevarse agua de mar en un frasquito. Alguien lo intentó, pensó el padre. El niño no entendió nada, simplemente giró de nuevo al horizonte y rio a carcajadas cuando el agua le salpicó las mejillas.

El padre, satisfecho, dejó al niño sentado y volvió donde estaba su esposa para beber algo. Le apetecía una cerveza, pero hacía varios años que las habían quitado en la mayoría de los espacios, así que se conformó con una limonada y un sándwich, hubiera sido un lujo conseguir una ese día, con todo ese calor.

La mujer estaba recostada boca arriba disfrutando del sol y el aire fresco. El hombre, quien se acostó también, estaba tranquilo de poder ver desde ahí a su hijo, quien jugueteaba con la arena. Su cuerpecillo blanco tenía manchas aún más blancas por el bloqueador mal aplicado y de a poco se coloreaba también de canela. El padre sabía que debía sacarlo en un momento más y también que tendría un berrinche asegurado.

Algo andaba mal. El pequeño se levantó y miró hacia sus padres. El agua que lo mojaba instantes antes ya ni siquiera lo tocaba y en cambio, se replegaba hacia adentro, como pulpo que retrae sus tentáculos. Los otros bañistas se pararon también, confundidos. Los guardias solo observaban. Y alguien gritó para que se activara un protocolo.

El niño notó una expresión de terror en el rostro de su padre, al mismo tiempo que su madre gritaba. Al girar su cabecita, miró cómo el agua comenzaba a alzarse varios metros por encima de él, en una gran maraña de olas y espuma.

La alerta roja se encendió y los guardias se apresuraron a activar las barreras. Paredes transparentes de varios metros de altura rodearon la playa para impedir que el agua llegara hasta ellos. El padre enloqueció al mirar a su hijo detrás de las paredes. El pequeño lo miró sólo una vez

más y giró de nuevo hacia el agua; ésta lo hipnotizaba. El hombre corrió hacia la pared y le gritó al pequeño que fuera hacia él, pero era inútil, su hijo no podía escucharlo. Los guardias apartaron al padre y alguno tuvo que someterlo.

El resto de la gente que quedó atrapada del otro lado de las paredes las golpeó con fuerza, exigiéndoles a los guardias que los dejaran entrar, pero aquellos no se movieron y los miraron con indiferencia. Un grupo de mujeres les gritaron hasta que se quedaron sin voz, mientras volteaban repetidamente a ver la ola, cada vez más alta. Los segundos parecieron una eternidad. La gente del otro lado de la pared gritó por última vez mientras el agua comenzaba por fin a descender sobre ellos.

El niño pequeño no entendía nada. Jamás cruzó por su cabeza la palabra muerte. Ni siquiera extrañeza. Ni melancolía, impotencia o pudor. El agua lo golpeó violentamente contra el fondo, rasgó su piel con los caracoles espinosos, lo quemó por la fricción con la arena e irritó su nariz y laringe por la sal. El chico podía sentir la presión en sus oídos, intentaba gritar, pero la corriente le ganaba e inundaba sus pulmones, su estómago. Rodó hacia la pared transparente hasta que algo lo sujetó. Por miedo no abrió los ojos, pero sintió claramente cómo una mano lo detenía.

El niño se dejó menear entre la corriente y la mano que lo mantenía fijo, con dedos finos de acero. Cerró sus ojos y un dedo más –nunca supo si era del mismo ser– le acarició la mejilla. El agua seguía agitándose y estrellándose contra la pared transparente, mientras la gente al otro lado seguía tomando el sol y bebiendo limonadas.

Cuando el agua se calmó, los altavoces anunciaron que la catástrofe había sido detenida, que no existía riesgo alguno y que quedaba prohibido el acceso a la playa hasta que el agua descendiera a su nivel normal, varios metros menos de donde estaba ahora. La presa transparente contenía la furia de la naturaleza; el horizonte era una mezcla heterogénea de arena, cuerpos y agua sucia. Nadie recordaba haber visto gente del otro lado de la pared y el padre del niño no podía gritarlo ya. Nadie se dio cuenta tampoco que él y su esposa habían dejado sus camastros sin llevarse sus cosas.

Los playistas seguían bebiendo y los niños seguían jugando con sus castillos de arena. En el agua, el pequeño seguía atrapado por una mano desconocida y sus pulmones

**El niño pequeño
no entendía nada.
Jamás cruzó
por su cabeza la
palabra muerte. Ni
siquiera extrañeza.
Ni melancolía,
impotencia o pudor.**

ya estaban llenos de agua. Las mujeres que habían golpeado la pared, llamando a gritos a los guardias, tampoco respiraban ya. El agua los había cubierto a todos.

Esa paz que fluía con la corriente marina duró sólo un instante, pues el sistema dejó de funcionar. Las computadoras enloquecieron y mostraron números rojos en las paredes transparentes. El resto de la superficie de las paredes pronto se tornó rojo, sin dejar su transparencia, lo que llamó la atención de los playistas. De repente las paredes lanzaron rayos de luz hacia el agua y mostraron imágenes escalofriantes. Los playistas podían ver todos los cuerpos ahogados hacía unos instantes, pero también una enorme cantidad de cuerpos en el fondo, cadáveres enterrados en la arena, bajo las rocas y los caracoles espinosos.

Muertos de terror, los playistas y los guardias, vieron cómo varios de esos cuerpos se levantaban y se acercaban a la pared. El más alto de todos ellos llevaba a un niño del brazo y avanzaba decidido hacia aquella pared, por donde el agua comenzaba a filtrarse.